



Jorge Bruce\*

## Lima: una ciudad disimulada

Pocas ciudades de Latinoamérica merecen la denominación de ciudad invisible tanto como Lima. Acaso el D. F. de México sea nuestra ciudad hermana. Las ruinas de lo que fue el señorío de Pachacamac se encuentran desperdigadas por toda la urbe, pero a menudo sucede que nadie (bueno, casi nadie) las ve.

Son las huacas. Estos restos arqueológicos han sido ignorados por la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad durante centurias. Yo mismo he montado bicicleta en una huaca cercana a mi escuela, la hermosísima Huallamarca, como si recorriera un circuito abandonado para el esparcimiento de los adolescentes del barrio, sin saber que esa pirámide tan auspiciosa para nuestras arriesgadas maniobras de

ciclistas imprudentes provenía de la misma época de los orígenes de la cristiandad y que había sido, sucesivamente, templo –en la era de los huallas–, cementerio y, con los incas, aldea.

Signo de los tiempos: la más conocida de las huacas que enhebran la ciudad como un hilo secreto de algún quipu incaico es la Huaca Pucllana. Esta se encuentra magníficamente conservada y preservada en el acomodado distrito de Miraflores (donde vivo y trabajo, como muchos otros psicoanalistas), gracias a un convenio con un restaurante de alto nivel, muy conocido en la ciudad. En otras palabras, la huaca que se conoce es en realidad el restaurante instalado en el interior del recinto amurallado, gracias al impulso de la pujante

gastronomía peruana. No obstante, sería injusto ignorar que gracias a este convenio con el sector privado el recinto recibe numerosos visitantes y se lo estudia arqueológicamente con los ingresos que surgen del acuerdo.

Estas huacas, que hacen las veces de alucinaciones negativas o acaso desmentidas (hace años que debatimos esta sintomatología social con mi maestro y amigo Max Hernández: él se inclina por la segunda opción, yo por la primera), constituyen una metáfora de las muchas invisibilidades que se insertan en el núcleo del pacto social de nuestra ciudad capital. Al ser la del Perú una sociedad poderosamente centralista (no en balde tenemos una sola sociedad psicoanalítica, cuya sede se encuentra a pocas cuadras de la citada huaca), lo que sucede en Lima repercute con fuerza en todo el país.

Herman Melville vivió en Lima desde el 8 de diciembre de 1843 hasta el 3 de enero de 1844. En el capítulo 42 de *Moby Dick*, describió a Lima con estas palabras desalentadoras y bellas:

¿No es el recuerdo de sus terremotos demoledores de catedrales, ni el embate de sus frenéticos mares; ni la infecundidad de sus cielos sin lágrimas, pues que nunca producen lluvias, ni el espectáculo de sus vastos espacios donde se alzan botareles inclinados, yacentes piedras sillares y cruces terciadas (como en un astillero de tumbadas flotas ancladas), ni sus avenidas suburbanas con paredones que se apoyan los unos contra los otros como revueltos mazos de naipes, lo que hace que Lima, la sin lágrimas, sea la más extraña y triste ciudad que usted pueda ver? Ello se debe a que Lima ha tomado el velo blanco, y existe el más alto horror en esta blancura, que define su tribulación. Vieja como Pizarro, esta blancura mantiene siempre nuevas sus ruinas, no admite el jovial verdor de su decaimiento: extiende sobre sus rotos terraplenes el rígido palor de una apoplejía que fija sus propias distorsiones. (Melville, 1851/1999).

Lima ha tomado el velo blanco, relata Melville, y existe el más alto horror en esa blancura, que define su tribulación. Y aun cuando el escritor de Nueva York remonta la vieja capital del virreinato a su fundación por Francisco Pizarro, en sus alusiones a esa blancura que mantiene siempre nuevas sus ruinas, a sus rotos terraplenes y su apoplejía, yo creo distinguir la mirada penetrante del escritor que trasciende, sin saberlo, las distorsiones del orden colonial.

Sabemos que esa Lima blanca y sin lágrimas, impregnada de horror y tumbadas flotas ancladas, puede ser leída como una de las tantas imágenes de la ballena que obsesiona a Ahab, o también, en una lectura más prosaica y literal, como la falta de lluvia y colores en la melancólica capital del Perú. Pero yo creo que su intuición poética trasciende estos escollos y se adentra en la degeneración macular de mi ciudad. Así como Lima vivió durante siglos de espaldas al mar y sus acantilados, hoy continúa negando sus orígenes y su historia. Como si, en efecto, todo hubiera comenzado en 1535 con la llegada de Pizarro y los conquistadores.

Lo que sí se puso en marcha con la fundación de Lima en el siglo XVI fue un orden jerarquizado que ha ido mutando con el paso del tiempo, hasta hoy. En cada una de sus variantes ha exigido diversas combinatorias de

\* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.



mecanismos mentales, tanto en el plano social como en el individual, engendradas por la producción cultural de individuos en cada uno de esos momentos históricos. Mario Vargas Llosa, en el que acaso sea el más célebre de sus párrafos, lo dice en el impactante inicio de su gran novela *Conversación en La Catedral*:

Desde la puerta de *La Crónica* Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo de Wilson voceando los diarios de la tarde y él echa a andar, despacio, hacia la Colmena. Las manos en los bolsillos, cabizbajo, va escoltado por transeúntes que avanzan, también, hacia la Plaza San Martín. Él era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál? (Vargas Llosa, 1969/2004).

Sí: ¿en cuál momento se jodió Zavalita, se jodió Lima, se jodió el Perú? Esta pregunta subyace a la propuesta de este texto para

Ciudades Invisibles de *Calibán*. Mi hipótesis, que retoma la de mi artículo “Psicoanálisis criollo” (Bruce, 2014), es que la construcción del orden criollo pasa por la invisibilización del mundo indígena y la exaltación del origen extranjero. Y aquí *extranjero* significa no solamente foráneo (ecuatoriano o boliviano, por ejemplo, no entrarían en esta acepción), sino específicamente europeo y estadounidense, o alguna de sus variantes como canadiense o australiano. Todo menos indio o negro.

En *La urgencia por decir “nosotros”*, el sociólogo peruano Gonzalo Portocarrero lo expresa en estos términos:

Antes, lo criollo es con lo indígena como el agua y el aceite. En efecto, lo criollo se identifica como una realidad local que se define a partir de su origen extranjero. Entonces, la reiteración del nombre criollo significa la reactualización de un voto: no olvidarse y reivindicar el origen foráneo como fundamento de la identidad y la autoestima. Ser criollo implica pues un poner distancia con lo indígena, disminuir su valor y ansiar un blanqueamiento, una utópica mimesis con lo original, lo

europeo, lo paterno. Entonces la extensión del criollismo al mundo del mestizaje significa asumir una vocación etnocida respecto de lo indígena. Aunque redimible, el indígena era valorado como un ser abyecto que debía acriollarse. (Portocarrero, 2015, p. 83).

Esto no implica que el proyecto de aculturación haya tenido éxito, tal como lo atestigua la subsistencia de las huacas en diversos puntos de la ciudad. Más bien, desde el comienzo de la presencia de los conquistadores españoles, los llamados indios respondieron a la codicia con la que estos pillaban dichos monumentos con una estrategia. Como las huacas de la costa –es el caso de las de Lima– a menudo eran utilizadas como tumbas de los personajes del *ayllu* (comunidad), a los que enterraban con sus alhajas y riquezas, los españoles las desenterraban para sacar el oro y la plata. Los indios, según relata el cronista Antonio de Alcedo (1789), “para deslumbrarlos, en el paraje en que había alguna hacían otras muchísimas iguales, pero vacías, por lo cual

se abandonó este modo de enriquecer, en que algunos empobrecieron gastando en excavar huacas vacías, pero algunos se hicieron ricos”.

La resistencia al proceso colonizador estuvo ahí siempre, como lo sigue estando, pero disimulada. Esa ambigüedad es una de las principales características del ánimo de los limeños, y recorre el orden jerárquico como uno de los signos de nuestra identidad que subvierte dicho orden. Es habitual que los limeños, acostumbrados a comunicarnos con diminutivos y toda suerte de suavizantes en el lenguaje, nos sintamos levemente escandalizados con la aspereza de los porteños o los españoles de hoy. Lo nuestro –y los psicoanalistas limeños lo constatamos a diario en nuestros consultorios– es, como decía el arquitecto y humorista Héctor Velarde, no cerrar la puerta ni dejarla abierta. La dejamos “junta nomás”.

Esto suele exasperar a los extranjeros radicados en Lima (incluso bolivianos y ecuatorianos, como mencionaba antes), pues a menudo es difícil saber con certeza si la persona que te ofrece gentilmente devolverte la llamada efectivamente lo hará. Esta calculada vaguedad (“hablamos”, “nos vemos”, “yo te aviso”, etcétera) forma parte –sin que la mayoría de los limeños lo advierta– de esta antigua resistencia al trauma de la conquista, como acertadamente lo llamó Max Hernández.

El historiador peruano Pablo Macera, citado por Gonzalo Portocarrero (2015, p. 40), lo explica en estos términos: “El Perú es un país disimulado que siempre ha hecho muecas a espaldas de sus dominadores, ya sean chavines, waris, incas, españoles, gringos, criollos o mestizos, convirtiendo cada cortesía aparente en un insulto”.

Los psicoanalistas de Lima, la gran mayoría instalados en los barrios más pudientes de la ciudad como Miraflores, San Isidro, Barranco o Surco (tal como sucede en todas las ciudades latinoamericanas que he visitado durante las actividades de congresos institucionales), trabajamos –parfraseando a Borges (1989) en la *Milonga de Albornoz*– como si no nos importara (no olvidemos el lugar fundamental del “como si” en el psicoanálisis). La clínica bien temperada hace las veces de un parapeto contra esas invasiones bárbaras, producto de las migraciones del campo a la ciudad, que no

cesan de desfigurar el rostro de la ciudad, lo cual exaspera a los criollos tradicionales.

Inútil empeño. Ya vamos por la cuarta generación de migrantes andinos, que han transformado a Lima en la ciudad con más habitantes quechuahablantes del Perú. Si la palabra *provincia* viene de *pro vinci*, “donde viven los vencidos”, pues ellos ya están aquí, para quedarse. Lima es al mismo tiempo la capital y la primera provincia del Perú. Y, gradualmente, están tocando la puerta de nuestros consultorios en los barrios más distinguidos –en el sentido que Pierre Bourdieu daba a la “distinción”–, como un acto eminentemente diferenciador de las clases dominantes sobre las subalternas. Así, pacientes de los sectores llamados emergentes, cuyos abuelos o bisabuelos dejaron los campos agrícolas en los Andes para labrarse otro destino en la superpoblada capital, ya accedieron a una educación superior, a una cultura urbana más moderna y sofisticada. Entonces algunos de ellos, cada vez más, sienten la necesidad de recurrir al psicoanálisis.

De este modo se perpetúa, a la disimulada (tal como nuestra Constitución proscribiera la discriminación y, en particular, el racismo, pero este se practica a diario y en abundancia), la dialéctica de la dominación y la resistencia. Los psicoanalistas nos encontramos en una de esas encrucijadas del laberinto que preconizaba el griego Castoriadis. ¿Podemos seguir ignorando las huacas disimuladas de nuestra polis?

Desde el primer número de *Calibán* del 2012 aparecía la pregunta sobre cómo eso ha cambiado nuestra clínica y si hay algo para nosotros de “polis” en nuestras ciudades (Labraga, 2012).

Desde esta Lima envuelta, como las mujeres tapadas de la colonia, en el velo blanco que espantaba a Melville, opto por la terca apuesta de esa resistencia que desearía menos disimulada y más franca. A saber, que si nos empecinamos en impedir que nuestra clínica se impregne de esa historia enterrada como en la iluminadora metáfora arqueológica de Freud, si continuamos embozados en el manto de nuestra neutralidad cultural, nos estamos resignando a no mirar las muecas y las muescas del inconsciente. Los psicoanalistas peruanos, querámoslo o no, sepámoslo o no, estamos respondiendo a diario a los interrogantes de Zavalita en la avenida Tacna. Solo me resta es-

perar que su falta de amor sea una de las caras de su disimulada ambivalencia.

## Referencias

- Alcedo, A. de. (1789). *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (Vol. 5). Madrid: Imprenta de Manuel González.
- Borges, J. L. (1989). Milonga de Albornoz. En J. L. Borges, *Obra poética*. Buenos Aires: Emeccé.
- Bruce, J. (2014). Psicoanálisis criollo. *Calibán*, 12(1).
- Labraga, M. (2012). Ciudades de papel. Pa(i)sajes imaginarios. *Calibán*, 10(1).
- Melville, H. (1999). *Moby Dick o la ballena blanca*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1851)
- Portocarrero, G. (2015). *La urgencia por decir “nosotros”*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Vargas Llosa, M. (2004). *Conversación en La Catedral*. Madrid: Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1969)

